

Yulieth Estefanía
Ruiz Pulgarín

Editora (2022-2023) revista
Perseitas



Fotógrafo
Carlos Corredor Lopera

¿Cómo definiría lo humano de la ciencia?

La pregunta planteada es problemática porque presupone que "lo humano" es un concepto ya establecido y ampliamente comprendido por todos, como si se tratara de una esencia evidente y manifiesta. Creo que lo primero que deberíamos hacer es indagar cómo se constituye la noción de "lo humano". Esto puede arrojar luz sobre su compleja relación con la ciencia. En lugar de concebir "lo humano" como un conjunto de atributos fijos y preestablecidos, podemos abrir la posibilidad de concebirlo como algo que deviene históricamente dentro de un entramado de relaciones sociales, materiales, económicas, culturales, etc. Además, se configura en horizontes interpretativos específicos, lo que significa que su definición nunca está por fuera del lenguaje y de la forma en que hacemos mundo en el lenguaje. Por eso, la noción de "ser humano" constantemente se amplía, se resignifica y se transforma. Esto nos lleva a comprender, por ejemplo, que, en diferentes momentos de la historia, y seguramente aún en la actualidad, las definiciones de "lo humano" se han utilizado, entre otras cosas, para justificar lógicas excluyentes que marginan y aniquilan a ciertos grupos, relegándolos al ámbito del no-ser.



El motivo por el cual planteo esta cuestión es porque creo que la ciencia y todas las formas del saber no están al margen de este problema. Más allá de lo que podamos entender por ciencia —lo cual también ameritaría un análisis—, es claro que al hacer ciencia también estamos contribuyendo en la construcción de lo humano, ampliando o transformando esos horizontes de sentido en los que esta definición se constituye. Un ejemplo que ilustra esta idea es el estudio de las estrellas. La investigación científica acerca de las estrellas no solo nos brinda conocimiento sobre estos cuerpos celestes, sino que también nos aporta información sobre nosotros mismos. Somos polvo de estrellas o vestigios de Supernova, dicen algunos poetas y también algunos astrofísicos. Este conocimiento va más allá de una metáfora poética y tiene su fundamento en la teoría según la cual los átomos que nos componen se formaron en el interior de estrellas a lo largo de eones. Una tesis tan fundamental como esta nos lleva a reconocer, entre otras cosas, nuestro origen común como parte de la naturaleza y a asumir la responsabilidad que tenemos hacia el entorno natural.

El ser humano se autorrepresenta cuando se adentra en la exploración del mundo y da forma a su realidad a través de la ciencia. Esto permite entender la ciencia como una práctica en la que todo el tiempo está en juego nuestro destino como humanidad. La ciencia no solo se desarrolla en realidades históricas concretas (razón por la cual está sujeta a intereses económicos, políticos, ideológicos, entre otros), sino que también ejerce un papel activo en la construcción de estas realidades. Puede contribuir tanto al beneficio humano y el de la naturaleza como a la destrucción, un aspecto que no debe pasarse por alto. No debemos olvidar que la razón científica ha evolucionado hacia una razón tecnológica, como bien advirtió Herbert Marcuse, y ha perfeccionado la instrumentalización de la naturaleza en favor de la producción y el consumo desmedido.



Por lo tanto, en lugar de hablar de lo humano de la ciencia, propongo que reconozcamos que todo en la ciencia es humano. Lo humano en la ciencia es su principio, su realización y su fin. El ser humano se produce a sí mismo a través de la ciencia, de la misma manera en que lo hace mediante el arte, la filosofía o la política. Por consiguiente, la ciencia está siempre llamada a asumir de manera responsable su papel en la configuración de la realidad humana. Su dimensión humana se pone de manifiesto cuando se esfuerza por contribuir a la mejora continua de la humanidad.

¿Cómo aportan las revistas académicas y científicas a humanizar la ciencia?

Si en este contexto “humanizar la ciencia” significa ponerla al servicio de la humanidad y garantizar que su quehacer esté en consonancia con valores que buscan el mejoramiento de las sociedades, la promoción de la justicia y la sostenibilidad ambiental, es evidente que la responsabilidad ética recae no solo en la comunidad científica y académica, sino también en las revistas y todas las publicaciones que, en general, se encargan de divulgar y de hacer visible el trabajo científico y académico. Las revistas tienen el deber de evaluar la capacidad de la ciencia para abordar preguntas fundamentales, su impulso hacia la mejora y su compromiso con el bienestar general. En ese sentido, el deber de los editores no es menor, ya que su labor también es determinante para garantizar que el conocimiento que circula por los diferentes medios sea verdaderamente relevante para los desafíos que enfrentan nuestras sociedades. En conclusión, las revistas intervienen de manera significativa en la forma como la ciencia construye la realidad, y esto lo hacen al darle un espacio de visibilidad y difusión, que es lo que permite que la ciencia tenga un impacto efectivo, traspase fronteras y se abra al diálogo y al debate.

¿Considera que los artículos *per se* visualizan lo humano de quienes son sus autores?

No cabe duda de que podemos conocer algo de los autores a través de sus trabajos. Por ejemplo, podemos inferir cuáles son los problemas que los inquietan y a los que les otorgan importancia, así como los aspectos culturales a los que dan énfasis o, incluso vislumbrar algo de su sensibilidad personal. En algunos casos, también podemos identificar sus locus de enunciación, esto es, los lugares desde los cuales hablan. Sin embargo, si por "lo humano" nos referimos a un conjunto de valores, principios o quizás a una ética particular, esta dimensión no siempre es evidente, ni tiene por qué serlo, especialmente si consideramos los objetivos de diversas disciplinas científicas en las que se busca eliminar la subjetividad del científico. No obstante, como mencioné anteriormente, lo humano siempre se refleja de alguna manera en la práctica científica. Pero creo que es en el diálogo y el debate donde estas dimensiones humanas pueden hacerse más visibles, más que en los propios artículos científicos. Por tanto, los espacios de intercambio y confrontación son de suma importancia. Un artículo científico no debe limitarse a ser publicado en una revista; su vitalidad depende de su capacidad para interpelar, generar preguntas, ser cuestionado y debatido. Esto solo es posible cuando el autor se abre a espacios de interlocución y diálogo con otros colegas y la comunidad académica en general.

“Lo humano en la ciencia es su principio, su realización y su fin”



Más allá de la formación académica, ¿cuáles cree que son las competencias que debería tener un editor de revistas?

No hay que desmeritar el componente académico y disciplinario, ya que de él depende en gran medida la calidad y actualización de los contenidos de una revista. El editor debe mantenerse en actualización permanente para asegurar que las publicaciones de su revista sean verdaderamente relevantes y estén al día, no solo en relación con los avances más recientes en su campo, sino también con los problemas actuales. Sin embargo, estas competencias académicas solo son efectivas si el editor promueve la integridad ética y la honestidad académica en todos los aspectos de la gestión editorial. Creo, además, que en la sociedad actual existe una creciente demanda por prácticas editoriales inclusivas que reconozcan la importancia de la diversidad en la investigación y la publicación. Un editor debe fomentar prácticas inclusivas que abarquen desde la integración de diversos actores en todas las fases del proceso editorial, hasta la creación de espacios que visibilicen investigaciones que contribuyan a construir un mundo más equitativo y den voz a aquellos que históricamente han sido silenciados, estigmatizados y excluidos. Al mismo tiempo, el editor debe ser capaz de identificar trabajos que perpetúen la discriminación de grupos sociales o ideas, sin dejar de respetar la diferencia y la libertad de expresión. Cabe aclarar que esto último no implica una indiferencia conciliadora que acepte todas las posturas como válidas sin considerar sus consecuencias. La labor del editor debe ser lo suficientemente crítica como para poder distinguir entre la libertad de expresión y las manifestaciones de violencia epistémica. Por último, la proactividad se erige como una competencia indispensable en la gestión editorial. Un editor debe estar capacitado para proporcionar retroalimentación clara y constructiva a todas las partes involucradas en un proceso de publicación.



Desde la gestión editorial, ¿cómo se fortalecen las competencias investigativas de los autores (docentes o estudiantes) que postulan sus artículos?

Cuando la gestión editorial implica un proceso de acompañamiento continuo, en el que el editor brinda apoyo y guía a lo largo de todas las etapas, puede desempeñar un papel fundamental en el fortalecimiento de las competencias investigativas de los autores. Considero que una retroalimentación constructiva y precisa, tanto por parte del editor como de los pares evaluadores, resulta invaluable para los autores, ya que les permite identificar áreas de mejora y les proporciona estrategias para fortalecer aspectos clave: la metodología, el marco teórico, la estructura de sus artículos, la escritura y la argumentación. En resumen, creo que los procesos editoriales pueden tener un gran valor formativo cuando son personalizados y comprometen activamente a todas las partes involucradas.